ORTODOXIA Y HETERODOXIA SOBRE LO NACIONAL Y LO FEDERAL

Pablo Ródenas Utray

A lo largo de los años he ido desarrollando una especie de teoría del prólogo que vendría a señalar que un libro, cualquiera que sea el género que cultive, desde la poesía a la ciencia, sólo puede ser bueno si de alguna manera está contenido en su prólogo, de modo que aunque un buen prólogo no hace a un libro bueno, sí sería cierto que uno malo lo echaría a perder. El lector es el que ha de juzgar, claro está: hay desde libros de magnífica factura con prólogos *monterrosianos*, hasta prólogos tan logrados que conllevan un libro a lo *Monterroso*. Excepciones aparte, el buen prólogo es a mi juicio aquel que literalmente obliga al lector a devorar un libro sin por ello agotarse en él, puesto que lo abarca en todo su desarrollo a la vez que lo excede en su proyecto.

Viene esto a cuento del libro de ciencia política que voy a discutir, de título *El federalismo pluralista*.¹ Se trata de un texto que tiene como autor a Miquel Caminal y que por subtítulo lleva una alusión a su proyecto: «Del federalismo nacional al federalismo plurinacional», aunque no sea ésta una expresión muy ajustada para caracterizar el proyecto al que alude. Y viene a cuento precisamente porque el «Prólogo» del libro en cuestión corrobora o al menos no refuta la referida teoría del prólogo: tratándose de un libro excelente, su «Prólogo» lo mejora si cabe, y podría ser considerado incluso como un modelo de lo que debería ser el género de los prólogos, en este caso a un libro de carácter científico (advierto al lector que el «Prólogo» del que hablo se presenta bajo el rótulo de «Introducción», puesto que el

texto que aparece como «Prólogo» es más bien un *ante-prólogo* debido a Ferrán Requejo, que es quien en cierto modo inicia el debate con Caminal).

Lo que haré en estas páginas es recordar algunas de las tesis nucleares del libro, que están perfectamente presentadas en el «Prólogo», para discutir las en relación a algunas de las precisiones y matices con que el autor las desarrolla en las doscientas páginas que restan. Antes, trataré de situar mi comentario en el actual contexto español de debate —de *polémica*, sería mejor decir, recordando que «*polémica*» significa *guerra* de ideas más que *diálogo*— sobre lo nacional y lo federal, de modo que se pueda apreciar, más allá del acuerdo o desacuerdo, el grado de ortodoxia y heterodoxia política que caracteriza el punto de vista de Miquel Caminal.

1. Lo nacional-patriótico políticamente correcto

A la pregunta por la ortodoxia sobre lo nacional en la España de la bélica primavera del año 2003, se puede hoy responder con bastante concisión. Basta remitir a su vez al libro de muy reciente publicación —sin prólogo, por cierto— de Edurne Uriarte, *España, patriotismo y nación*.² Situada entre el liberal-conservadurismo político y el social-liberalismo doctrinal, entre el activismo académico y el mediático, Uriarte ha conseguido lo que no consiguieron ni Jiménez Losantos ni Alonso de los Ríos en las pasadas décadas. Esto es, ha logrado darle un cuerpo ideológico a la nada del «centro político» español,

llenando su vacío de una identidad homogénea y universal alrededor del que pretende ser un «nuevo concepto de España». Una idea recuperada de España, dice, con su bandera ondeando al viento (en la plaza de Colón de Madrid y donde hiciera falta) para consumo de derechas e izquierdas políticamente correctas, sin «miedos», «confusiones» y «complejos» heredados de un franquismo y de unos nacionalismos periféricos anclados en la memoria aún no desaparecida de un pasado que Uriarte postula superar y cree de veras ¡ay! haber superado.

Como suele ser habitual en casos como éste, en los que se fija y se da esplendor al concepto normativo, la España que se nos prescribe no admite ser la de una propuesta más, sino la de una realidad bien tangible: «Después de más de veinticinco años de silencio y tabú, hemos comenzado a comprender no sólo la anormalidad de la situación, sino también —nos dice Uriarte— que existe un concepto de nación española que nada tiene que ver con el pasado y que nada tiene que ver tampoco con el racismo o el etnicismo de los nacionalismos periféricos» (p. 18). Este angelical traje a la medida del español centrado (que no es más que una construcción de Uriarte aunque crea haberla encontrado por los caminos de España) se empezaría a percibir en Euskadi antes que en cualquier otro lugar, puesto que surgiría del terrorismo etarra. Tan así sería que los vascos volverían a ser de nuevo los «auténticos españoles», los más arquetípicos. Así, los *buenos* vascos volverían a ser los españoles *buenos*, del mismo modo que los vascos *malos* se han convertido en los *malos* españoles. ¡Qué farsa maniquea y qué tragedia política!

¿Quiénes socavaron y vaciaron entonces la idea de España como nación, convirtiéndola en un mero Estado, en una vacía y descentralizada construcción jurídica

co-administrativa de autonomías? Para Uriarte, en primer lugar, y por encima de todo, el *nacionalismo vasco*, un nacionalismo fanático, etnicista y racista donde los haya, formado por movimientos y partidos antidemocráticos o dudosamente democráticos. En segundo lugar y por extensión, los *nacionalismos étnicos* de la periferia, unos nacionalismos siempre insatisfechos, nunca integrables. Y por último, al alimón, nada menos que los *intelectuales antifranquistas, la izquierda confusa y la derecha miedosa*. Los intelectuales antifranquistas (aquí la nómina de Uriarte resulta sorprendente: Castells y Cebrián, Raimon y Labordeta), porque habrían cometido el pecado de apoyar a los nacionalismos étnicos, mostrándose además incapaces de evolucionar —evolucionar, claro está, hacia donde corresponde, el liberal-conservadurismo. La izquierda confusa, porque no anhela más que pactar con esos nacionalismos, a pesar de caracterizarlos como étnicos y antidemocráticos. Y la derecha miedosa, porque aún teme definirse como tal y reconocer de forma abierta su nacionalismo español, es decir, su patriotismo constitucional sustantivo, a la estadounidense, basado precisamente en los valores identitarios de la nueva nación española (diversidad, integración, democracia, orgullo...). Un patriotismo, huelga decirlo, que poco o nada tiene que ver con el patriotismo antinacionalista y republicano del estilo de Maurizio Viroli.

Aunque parezca que Uriarte no deja títtere con cabeza, no es así. La reivindicación a tierra quemada de la nación española fija el *leitmotiv* que ha de ocupar el centro compartido de todas las ortodoxias políticamente correctas para la renovación de la razón del Estado-nación español. Se trata de una vindicación que primero cauteriza porque es crítica y que luego orienta porque es estratégica: se dirige a los dos

partidos mayoritarios en España, que estarían extraviados, aunque uno mucho más que otro (demasiado polanquismo, felipismo, zapaterismo, maragallismo), en la búsqueda del auténtico votante de centro (el resto de opciones serían de suyo irrecuperables para esta cuasi-orgánica democracia bipartidista). Dos ejemplos de actualidad, en opinión de Uriarte, lo ilustran. Uno es el fenómeno de los «constitucionalistas» vascos o los «no nacionalistas», que resulta ser un buen exponente de la conjunción de la izquierda confusa y de la derecha miedosa, dado que sus valedores sólo se autodefinen o bien de forma procedimental o bien por negación —lo que es cierto—, pero no a partir de como deberían —según el punto de vista de Uriarte—, afirmando una identidad propia que subsuma la vasca en la española (203). El segundo ejemplo lo encuentra en la defensa por parte de la izquierda del federalismo, que no sería más que una absurda «falacia», puesto que el sistema político español ya es un sistema federal (213) que además no interesa a los nacionalistas periféricos en razón a su autodeterminismo, su insatisfacción y su victimismo.

Todo lo anterior, junto a estos dos ejemplos, muestra con bastante exactitud —audacia irreflexiva y falta de rigor al margen— cómo la *ortodoxia nacionalista del «todo estatal»* se opone a las *ortodoxias nacionalistas de las «partes sin Estado»*, considerándolas anacrónicas y peligrosas desde el presente y futuro que ella representa.³ Lo que se pretende con esta propuesta —y no voy a ser yo quien le niegue a Uriarte el derecho a proponerlo— es el construir un nuevo dogma alrededor de la idea de España como Estado-nación unitario, plural y descentralizado, dogma que se pone al servicio de ciudadanos bienpensantes realmente de derechas, entre los que unos quisieran creerse demócratas de centro y centro-izquierda y

otros reconocerse como demócratas de derecha, de una derecha por cierto poco conocida en nuestra historia.⁴ El nacionalismo español recibe así un impulso que viene a consistir más que en la renovación de una idea oculta por razones político-electorales, en su exhibición sin vergüenza. Y en la medida en que una de las mayores corruptelas de la política estándar es *decir lo contrario de lo que se hace*, no estaría nada mal que ese ocultamiento y ese engaño fuesen atenuándose, de modo que la ciudadanía supiese de forma responsable a qué atenerse. A qué atenerse, por ejemplo, respecto a los perfiles de antipluralismo exclusivista y de autoritarismo subyacente que esa idea de Estado-nación español presupone e impone.

2. Lo antinacional-federal políticamente correcto y políticamente incorrecto

Fijado así, quizá con más extensión de la que hubiese sido necesario, el núcleo ortodoxo de lo políticamente correcto en la España de inicios del siglo XXI (no tan lejano —por cierto— al que predominaba a finales del XIX), contamos con el contexto adecuado para analizar y discutir en términos de posicionales o, si se quiere, simplemente comparativos, el proyecto de Miquel Caminal. ¿Cómo se sitúa su propuesta frente a ortodoxias como la de Uriarte?

Ferrán Requejo ubica la perspectiva de Caminal en el ámbito de cierto catalanismo de izquierdas, entendiéndolo como un punto de vista que simpatizaría con el federalismo y desconfiaría de los nacionalismos, y que a la vez tendería a propiciar un nuevo optimismo que sería —según escribe— «similar al pimargalliano, es decir, un optimismo más consciente y atento a las expectativas ideales propiciadas por el lenguaje que al análisis de las reali-

dades fácticas que se quieren transformar» (p. 29). Esta amigable carga de profundidad me sirve de arranque, puesto que lo que dice Requejo parece tener algo de acierto y algo que no lo sería tanto.

Daré por acertada, en *primer lugar*, la caracterización genérica de Caminal como catalanista de izquierdas, al menos como hipótesis, puesto que aunque éste no la ratifica, tampoco la desmiente —y con ello tenemos aquí, en principio, una primera doble heterodoxia respecto a la ortodoxia fijada por el nuevo españolismo, ya que obvia es la desconfianza del españolismo con respecto tanto al catalanismo como a las izquierdas. Sin embargo, hay que señalar que la expresión «catalanismo de izquierdas» ha de resultar necesariamente problemática para Caminal, por lo que a continuación planteo.

En *segundo lugar*, creo que Caminal también acepta como evidente que su hipotético catalanismo de izquierdas se deja descomponer en un elemento de simpatía federalista y otro de antipatía nacionalista, sin que con ello le esté tildando ni mucho menos de emotivista. En el primer párrafo del «Prólogo» escribe: «La tesis que se defiende en este libro es que el federalismo ha servido a la construcción y permanencia del Estado nacional y ha perdido así su independencia ideológica y normativa como forma de organización política y social. Por ser una vía o modelo de transformación y superación del Estado nacional, el federalismo tiene que liberarse del nacionalismo y recuperar su fuerza normativa como modelo alternativo y superador de la era de los nacionalismos» (33, subrayado mío). Se puede decir más alto pero no más claro. La inicial doble heterodoxia de Caminal se presenta ahora con una luz distinta: si bien su propuesta en tanto que federalista sigue siendo heterodoxa en relación a la ortodoxia del nacionalismo españolista, resulta que en

cuanto antinacionalista no lo es tanto, puesto que coincide en casi todo con la concepción ortodoxa del nacionalismo.⁵ Si el lector está de entrada de acuerdo con cada uno de los dos elementos («federalismo» y «antinacionalismo») de la perspectiva de Caminal, casi puede decirse que estará de acuerdo con toda probabilidad con lo más sustancial del libro. En caso de que no sea así, como es mi caso respecto al segundo de estos elementos⁶ (y parece que el de Requejo), no lo podrá estar nada más que en parte. El *porqué* de este desacuerdo es lo que hay que debatir.

Sin embargo, en *tercer lugar*, no parece tan acertada la observación de Requejo sobre el descuido en el que incurriría Caminal de las obstinadas «realidades fácticas». Porque, de un lado, el análisis de esas realidades histórico-sociales no resulta ser una de las pretensiones *expositivas* del libro (los prólogos también sirven para señalar lo que se pretende y lo que no), lo cual, de otra parte, no tiene por qué implicar que la *investigación*, es decir, el análisis crítico y la reconstrucción de las «expectativas ideales» se hayan realizado al margen de las realidades efectivas (se esconde aquí una cuestión de método que, sin perjuicio de ulteriores coincidencias —no quiero escribir «convergencias» estando aquí presente el contexto político de lo catalán—, me aleja del punto de vista metódico de Requejo).⁷

A mi juicio, el método que Caminal sigue se dejaría llamar «constructivismo valorativo» en el sentido, me parece, de que trata de partir de las realidades históricas e historiográficas de lo nacional y lo federal —por ejemplo, de la trayectoria de los nacionalismos y federalismos en el mundo moderno (Suiza, Canadá, Estados Unidos, Bélgica...), y de los avatares de las teorizaciones nacionalistas y federalistas que se corresponden con aquellas realidades o que se contraponen a ellas (desde Bodin y

Althusius hasta los autores del presente)— para plantear un *problema* innegable y poco estudiado, el de la *relación de lo nacional y lo federal*, examinando de forma crítica —es decir, evaluativa— y reconstruyendo de forma normativa —esto es, evaluativa también— esa relación. Ya desde la primera página del «Prólogo» el problema general se convierte en toda una problemática (o familia de problemas) al descomponerse en diez preguntas que se asientan sobre el presente, inundan el pasado y se expanden hacia el futuro. Un buen ejemplo de lo que quiero resaltar se resume en el capítulo que lleva por título esta expresión: «De lo que el federalismo ha sido, es y puede ser». Tenemos aquí a Caminal cultivando una segunda heterodoxia, pero una heterodoxia metódica, contrafáctica a fuer de realista, en mi opinión completamente necesaria y justificada (aunque, como veremos, no siempre es consecuente en su aplicación).

3. Corrección e incorrección política de lo nacional

Para pasar a aspectos más sustantivos, quiero a modo de puente llamar la atención: sobre el papel que desempeñan las definiciones en la concepción de Caminal. Porque el aspecto definicional, contra lo que cree tanto sedicente nietzscheano, es fundamental en una investigación y exposición erudita a la vez que política como lo es *El federalismo pluralista*. Las definiciones equivalen a los nudos conceptuales, interpretativos y expresivos de una red teórica que se va tejiendo a base de análisis y construcción valorativa; son en las estaciones de descanso en las que, concentrando energías, se hace balance de lo andado y se fijan los planes de lo que se andará. Son resultados constructivos y son a la vez programas analíticos. Lla-

man, por tanto, al diálogo y al debate sobre ellas mismas.

Y las definiciones están muy presentes —para mi agrado— en el libro de Caminal. Son concebidas como convencionales aunque el autor vacila de forma innecesaria a la hora de reconocer su naturaleza también estipulativa; así, si bien encuentra que de hecho son subjetivas (algo que no es igual a decir que son «subjetivistas»), parece ansiar que no lo fueran, como si pudiésemos llegar a definiciones objetivas de lo real mismo, con validez universal. En un momento determinado del texto, Caminal escribe: «Nadie ha dado con la definición de nación y no ha sido por falta de intentos» (178, subrayado mío); en otro lugar añade: «Entonces, si no es posible una definición universal de nación, ¿a qué viene la definición de...?» (185). Este anhelo objetivista sobra y resulta lastimante en cuanto el definir sea considerado de forma no esencialista, claro está, como una construcción de instrumentos heurísticos y expresivos de similar importancia a conceptos, teorías e interpretaciones. A esa última pregunta retórica, el mismo Caminal responde interpretando, primero, y mostrándose de acuerdo, después, con el contenido fenomenológico que expresa la definición a la que alude, que resulta así una definición estipulativa.

Son tres los núcleos definicionales que más me interesan: la definición de *nación*, que para mi sorpresa no se aborda hasta el último cuarto del libro (174 ss.) y respecto a la cual Caminal hace una exploración titubeante, sin llegar a concretar su punto de vista definicional; la de *nacionalismo*, que por el contrario supone casi el arranque del texto y se presenta desvinculada de la anterior (51 ss.) y la de *federalismo*, que se introduce con inteligencia en la primera parte y se desarrolla con acierto en la segunda (157 ss). Hay aquí, en conjunto, una anomalía estructural que

tendrá consecuencias negativas: el nacionalismo, como *ismo* de la nación que es, resulta estipulado desde el principio («propongo una definición...») sin que el lector sepa a qué llama Caminal «nación» (y, por cierto, tampoco a qué «pueblo» y a qué «Estado», que serán algunos de los controvertidos términos-guía que interverdrán en el *definiens* de nacionalismo). Esto le permite, más que construir, partir de un concepto valorativo-peyorativo —¿maniqueo?— que va a colorear y lastrear todo el análisis y la propuesta reconstructiva. Porque su restringida, estática y cerrada idea de nacionalismo resulta ser, de principio a fin, más una petición de principio arbitraria que una construcción teórica de diversas realidades empíricas; un punto de partida, por tanto, difícil de aceptar, bastante cercano al de la ortodoxia valorativo-meliorativa pronacionalista, como ya dije, en la medida en que simétricos, aunque opuestos, son el pronacionalismo y el antinacionalismo.

Veamos: los nacionalismos, más que como teorías y prácticas modernistas que son de movimientos histórico-políticos que aspirar a la nacionalización de las sociedades,⁸ se entienden en tanto que ideologías de justificación de los «Estados» como naciones-que-se-inventan, de las «naciones» como pueblos-que-se-autodeterminan y de los «pueblos» como representaciones-que-se-designan. El todopoderoso nacionalismo ejercita así sus poderes unidireccionales e irrevocables. Un Estado para cada nación y una nación para cada Estado. Se fuerza a que la historia se adecue al esquema y no el esquema a la historia (aunque esto entra en contradicción con el reconocimiento de que la «inmensa mayoría» de los Estados realmente existentes son plurinacionales). Los cargos que van surgiendo por aquí y por allá son múltiples: etnicismo, exclusivismo, homogeneización, lealtad suprema, autoritarismo, burocrati-

zación, corrupción, barbarie. Pero no se nos dice de qué condenable lugar y por qué condenables razones surgen esos condenados poderes exclusivos del nacionalismo y de su consecuencia, el Estado-nación y la nación-Estado. Tampoco, de dónde y por qué surge el nacionalismo así entendido, de forma tan restrictiva y unilateral.

Tiene esta concepción serios inconvenientes, empíricos y teóricos, que cabe resumir señalando que no se puede generalizar que los Estados resulten ser en la historia el *antes* y también el *después* preestablecido (y, por tanto, contradictorio) de las naciones. El «antes», por ser la nación temprano-moderna un fin ineludible para el Estado preexistente; el «después», por ser el Estado tardo-moderno un fin ineluctable de toda nación. No es extraño, pues, que Caminal, desoyendo voces que él mismo explora, como las de David Miller y la de Yael Tamir, por ejemplo, niegue la posibilidad histórica y, por tanto, política de *nacionalismos pluralistas que aspiren a construir naciones no émicas de ciudadanos, mediante el ejercicio democrático de la soberanía popular y del derecho de autodeterminación nacional, dotándose de formas de Estado no necesariamente uniformistas y antifederales*. De ahí que se acaricie, como supuesto implícito de partida, la especulativa idea teleológica de que los seres del planeta Tierra transitamos desde una «era nacionalista» hacia una «era postnacionalista» (34). Lo que en el mundo actual no resulta más que una trivialidad, dado que la historia es dinámica, claro está, o peor, una profecía (profecía que, por cierto, algunos llevan décadas haciendo). Tal vez como contribución para acelerar el ritmo histórico, ¡ay!, Caminal busca lo que llega a llamar un «antídoto» contra todo nacionalismo (236) negando de paso el derecho de autodeterminación de las naciones (191 ss., 205). ¿Qué deberán hacer en el

trágico momento presente (de belicismo exacerbado) naciones como la kurda o como la palestina?

4. Corrección e incorrección política de lo federal

Como se empieza a ver, en el libro de Miquel Caminal hay —podría decirse— dos «libros», es decir, dos teorías, que no coinciden con las dos partes en las que se presenta organizado el texto. Habría además un tercer «libro», que sería el que trata de relacionar los dos anteriores, abordando el problema de lo nacional-federal.

El primero de esos *libros* versa sobre el nacionalismo (hay capítulos al respecto tanto en la primera como en la segunda parte). Aunque la exploración de Caminal resulte adecuada, queda lastrada por el prejuicio interpretativo comentado, y así es como se pasa a postular que los conceptos esenciales de la «era nacionalista» resultan insuficientes para dar respuesta a los actuales retos de la globalización y regionalización del mundo. Puesto que Caminal se presenta como un ortodoxo objeto de todo nacionalismo, uno no puede por menos que preguntarse, por ejemplo, si un *buen* catalanismo no está obligado a fundarse en un *buen* nacionalismo, es decir, en un nacionalismo que conciba Cataluña como una nación o nacionalidad desde el pluralismo y la inclusividad, desde la democracia y el autodeterminismo, y desde la aceptación del federalismo (interno y externo) si la ciudadanía así lo prefiriese. ¿O es que el término «Cataluña» no es, más allá de una mera abstracción territorial, el referente de una inocultable realidad nacional concreta?

Sea como sea para Caminal, el segundo *libro* se centra en la defensa del federalismo como una idónea respuesta posible a los problemas del autogobierno, y es, con mucho, en mi opinión, lo más interesante

de todo el volumen (hay también capítulos referidos al federalismo tanto en la primera como en la segunda parte). Ya he indicado antes mi acuerdo con su exposición, que sin duda es la de un experto (aquí no puedo entrar en los matices que se podrían señalar en cuestiones de más detalle, por ejemplo respecto a los problemas de la soberanía, de la autodeterminación, del pluralismo o de la asimetría en el federalismo). Destacan además las excelentes presentaciones de los puntos de vista de Daniel Elazar y de Ronald Watts, junto a los interesantes comentarios a Ferrán Requejo y Ramón Máiz. Se presenta Caminal en este *libro*, en relación a nuestra ortodoxa y antifederal España, como un heterodoxo defensor del federalismo, aunque su punto de vista sea sin embargo de una impecable ortodoxia académica (véase, por ejemplo, la nota 115 sobre el espíritu antifederal del Título Preliminar de la Constitución española).

El tercer *libro* es el central, al menos para su autor. Es el que liga los puntos de vista antinacionalista y federalista de los dos *libros* anteriores, conformando la *tesis* más relevante de Caminal: el federalismo como forma constitucional de gobierno policéntrico se ha de deshacer del nacionalismo para poder mostrar su superior viabilidad y validez frente al resto de formas de gobierno confederales o unitarias (centralizadas y descentralizadas). El problema es, sin embargo, como ha ido quedando claro, y como ha sugerido también Requejo, que se trata de encontrar respuestas no sólo para la esfera de las ideas sino para el ámbito práctico, para el mundo de naciones en el que realmente vivimos, para bien y para mal. Condenar al federalismo a ser una opción antinacionalista⁹ a la espera del advenimiento de una «era postnacionalista» es una operación intelectual irrealista no por contrafáctica, sino por arbitraria e ilusoria. El federalis-

mo debe y puede ser nacional en tanto parta de los ciudadanos de las naciones y nacionalidades realmente existentes que así se lo quieran plantear, y lo hagan desde una cultura política pluralista y democrática.

A mi juicio, el error de partida de Caminal surge, primero, de la equiparación que hace de nacionalismo y federalismo, para luego antagonizarlos de una forma que podría rozar el maniqueísmo, cuando en realidad son categorías no equiparables ni antagonizables, por tanto, dado que se desarrollan en planos diferentes. Mientras el federalismo es una forma de autogobierno pluralista y policéntrico, el nacionalismo es antes que otra cosa la ideología y el movimiento comunitarista propio de esos agrupamientos sociales modernos que son por antonomasia las naciones y nacionalidades. Insisto: así es y así ha sido, de forma independiente a lo que queramos o nos guste. Y no por mucho que se repita, la humanidad conocerá mejor qué son esos inexistentes agrupamientos sociales «postnacionales», alternativos a la forma social nación, que el postmodernismo irreflexivo encuentra por doquier —a veces teñidos de... ¡nacionalismo, quién lo iba a decir!, como es el caso, sin ir más lejos, de Richard Rorty.

¿Dónde está inscrito entonces en la historia que la fórmula «a cada Estado una nación y a cada nación un Estado» es de obligado cumplimiento si al tiempo aceptamos que la inmensa mayoría de los Estados históricos no son nacionales sino plurinacionales? La unilateralidad de la *tesis Caminal* se observa con claridad cuando bajo el sesgo exclusivo de «federaciones nacionales» analiza los casos de Suiza, Canadá, EE.UU. y Bélgica *en relación* a sus nacionalidades o naciones, en el caso suizo, o a alguna de ellas, en los casos de Quebec, Puerto Rico y Flandes. En su propio análisis se reconoce de hecho que más

bien se trata de «federaciones plurinacionales» desde el momento en que se exploran situaciones de acuerdo o desacuerdo entre (ciudadanos de) nacionalidades o naciones, esto es, de «federaciones plurinacionales» a la vez que de «nacionalismos federales», siendo estos últimos los de flamencos, puertorriqueños, quebequenses e incluso los de las cuatro nacionalidades suizas, cuyos ciudadanos son los que aceptan autogobernarse mediante una organización estatal federal-territorial de *cantones* y no de nacionalidades.

Hay algo que aclarar aquí. La concepción del Estado-nación que tiene Caminal contradice la realidad histórica *sólo* porque se apoya en un reduccionismo innecesario. Porque, desde el tipo ideal del Estado nacional, son tan Estados-naciones los Estados con una sola nación, como los Estados con varias naciones (estados plurinacionales: por ejemplo, la extinta Checoslovaquia o el actual Reino Unido) o los Estados con menos de una nación (puesto que la comparten con otros Estados, es decir, las naciones pluriestatales: por ejemplo, la Alemania anterior a 1989 o la actual Irlanda, y no digamos ya la «nación árabe»). En este sentido, las «sociedades sin Estado» premodernas nada tienen que ver con las «naciones sin Estado» modernas, puesto que el problema en estas últimas dependerá de que el Estado bajo el que de una u otra manera se hallen sea pluralista y democrático, o no, a juicio de la ciudadanía nacional, ciudadanía que precisa por tanto de voz y salidas, esto es, del reconocimiento de su soberanía y de su derecho a autodeterminarse en el sentido que democráticamente juzgue en todo momento más apropiado. Es precisamente por esta razón por la que lo que Miquel Caminal llama «federalismo pluralista» puede llegar a ser la opción civilizatoria más razonable —es decir, lo contrario de una opción mágica— entendida como *fe-*

deralismo nacional, ya sea *federalismo extranacional*, *intranacional* o *mononacional* en sentido estricto.

El debate científico y filosófico es siempre, por definición, inconclusivo. Sirvan estos acuerdos y desacuerdos como

ejemplo del interés y la excelencia del libro que ha escrito Miquel Caminal, que se ha convertido desde el mismo momento en que vio la luz en obra de referencia obligada en relación al difícil problema de lo nacional y lo federal.

NOTAS

1. M. Caminal, *El federalismo pluralista. Del federalismo nacional al federalismo plurinacional*, Barcelona, Paidós, 2002.

2. E. Uriarte, *España, patriotismo y nación*, Madrid, Espasa, 2003.

3. Algunos de los que han sido críticos con estas ortodoxias no han necesitado sin embargo acogerse a nuevas ortodoxias, aunque lo hayan de seguir pagando en especies. Hay (y ha habido) *heterodoxias nacionalistas de las «partes»*, mejores o peores, que son (y han sido) a la vez *heterodoxias nacionalistas del todo*. Sin ir más lejos, Uriarte ignora que, por ejemplo, el «federalismo pluralista» (por decirlo en los términos de Caminal) es una opción difícilmente desechable como falaz por las buenas. Si pasásemos de la escala de (lo que para Uriarte es) la «nación» española a la escala de (lo que para otros son) las «naciones o nacionalidades» vasca, catalana, gallega, andaluza, canaria, etcétera, observaríamos que la *ortodoxia nacionalista del «todo estatal»* en cada uno de esos ámbitos o «partes» se conforma internamente de la misma forma uniformizadora y excluyente. Se trata de ortodoxias que se oponen entre sí en la medida en que son simétricas pero de signo contrario.

4. En cualquier caso, para encontrar un apoyo historiográfico de la tesis de Uriarte hay que ir más al volumen editado por la Real Academia de la Historia que lleva por título *España como nación* (Barcelona, Planeta, 2000) que a investigaciones como *Mater dolorosa* de J. Álvarez Junco (Madrid, Taurus, 2001).

5. Es decir, comparte la misma concepción del fenómeno del nacionalismo que tienen los pronacionalistas declarados, con la única diferencia de que hace una valoración negativa de este fenómeno, como por su parte hacen también los que se declaran antinacionalistas (para observar las concomitancias entre unos y otros puede verse P. Ródenas, «Lo uno y lo otro, y lo contrario: el meta-nacionalismo disidente como forma de cosmopolitismo atemperado», en J. Rubio-Carracedo, J.M. Rosales y M. Toscano, *Retos en ética y política*, Madrid, Trotta, 2002). En este sentido, no parece que Caminal pue-

da aceptar con comodidad la expresión «catalanismo de izquierdas», dado que «catalanismo» es invariable que equivalga al menos fuera de Cataluña a «nacionalismo catalán».

6. Tal vez conviene que deje claro que lejos de considerarme un defensor del nacionalismo, me considero más bien un adversario tanto de los pronacionalismos confesados como de los antinacionalismos inconfesados, por su simétrica tendencia a la sacralización o demonización de las naciones en tanto que las genuinas sociedades de la modernidad.

7. Propone Requejo una suerte —mal que le pese— de sofisticado evolucionismo biologicista. No es fácil suscribirlo, porque se trata de una concepción de los seres humanos que parece incurrir en la falacia genética (en el sentido de «falacia de génesis») cuando pretende definirlos desde un exclusivo *hardware genético* (en el sentido de «*hardware* de genes») que tendría *softwares culturales* en vez de hacerlo desde un *hardware genético-cultural* («cultural» en sentido antropológico más que sociológico) con *softwares sociales*. De esta manera, se afirma que el sustrato genético «permite» (*sic*) nuestra libertad olvidando que los genes *ni la construyen ni la garantizan ni la coaccionan*, o se postula que «la técnica va por delante de la moralidad» sin caer en la cuenta de que ése no es más que un *seudoproblema* teórico, al menos a mi juicio.

8. Cfr. P. Ródenas, «Los lenguajes de los nacionalismos (El principio liberal de nacionalidad como concepto normativo-procedimental)», *Laguna. Revista de Filosofía* 4: 39-56, 1997.

9. Es una inconsecuencia ante su propia tesis que Caminal acepte en un momento dado —bien es verdad que a regañadientes— que la expresión «federalismo pluralista» pueda ser equivalente a la de «federalismo plurinacional» (222), que incluso aparece en el subtítulo del libro, dado que este federalismo sería ya de este mundo, del que llama —de forma exagerada— de la «era nacionalista», y no de esa especulativa «era postnacionalista» de la que hoy, en rigor (científico), nada determinante sabemos aún.